

## INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS HOMILÍAS DE MONS. ROMERO

Jon Sobrino\*

Si algo destacó en la obra de Monseñor Romero es su palabra, y, de ella, sus homilías. Si sus escritos doctrinales, cartas pastorales y discursos, se caracterizaban por su solidez teológica y su reflexiva serenidad, en las homilías -tanto en las que predicaba a propósito de coyunturas, por ejemplo, en misas por sacerdotes asesinados, como en las homilías dominicales, en que a la luz de la palabra de Dios enjuiciaba lo que había ocurrido durante la semana- la idea iba acompañada de un incomparable calor humano. Monseñor Romero se transfiguraba literalmente.

El hombre más bien tímido, que se sentía incómodo entre los grandes de este mundo, se convertía en el hombre de palabra libre, valiente, poderosa y oportuna ante su pueblo. Con la palabra de Dios en sus manos y con los ojos puestos en los rostros concretos de los pobres, su palabra cobraba la fuerza de los antiguos profetas y de Jesús.

No hay duda de que si alguien ha revalorizado el papel de la palabra en la Iglesia, ése fue Monseñor Romero. Cumplió a cabalidad la exultación de Pablo: “la palabra de Dios no está encadenada”. Con esa palabra denunció el pecado de los opresores -fue *profeta*. Defendió al pueblo ante los mercenarios -fue *pastor*. Por causa de esa palabra le dieron muerte -fue *mártir*. Y esa palabra es la que nos deja. Don Pedro Casaldáliga termina bellamente su poema: “San Romero de América, nadie hará callar tu última homilía”

Las homilías de Monseñor Romero fueron -y siguen siendo- un fenómeno eclesial y social sin precedentes. Poco a poco se convirtieron en obligado punto de referencia para conocer la realidad del país. En el último año de su vida, sobre todo, venían a escucharlas periodistas y visitantes internacionales. En no pocos periódicos del mundo aparecía los lunes lo que Monseñor Romero había dicho el domingo. En no pocas revistas aparecían extractos de sus homilías,

---

\*Jon Sobrino, ver pág. 69.

siempre que se trataba el caso de El Salvador. Para conocer la verdad de El Salvador era necesario remitirse a sus homilias.

Si esto ocurría en el exterior, en el país sus homilias eran escuchadas a través de la emisora del Arzobispado YSAX. En los más escondidos cantones, en los tugurios de las barrancas y también en los cuarteles, resonaba la YSAX que transmitía la homilía dominical. En esto se unían amigos y enemigos. En un determinado momento la homilía del domingo llegó a ser el programa de mayor audiencia.

Fiel reflejo del influjo social de sus homilias fueron los repetidos intentos por silenciar la YSAX. En dos ocasiones estallaron bombas en la planta de la emisora que la inutilizaban temporalmente, y durante un mes la emisora fue interferida durante la homilía. Y, a la inversa, hay que recordar la enorme solidaridad nacional e internacional para hacer posible que su homilía fuese radiada. En el último mes de su vida Monseñor Romero predicó ante un teléfono que estaba conectado con Radio Noticias del Continente, de San José, Costa Rica, que, por onda corta, transmitía la homilía a todo el mundo. Estos ataques y esta solidaridad son claros símbolos del influjo de las homilias de Monseñor.

También recibía cartas de las comunidades eclesiales de base, de congregaciones religiosas, de algún cardenal, de la Iglesia anglicana, a las que contestaba puntualmente. Y también recibió anónimos “muy groseros”, como él decía -recuérdese que el diario *La Opinión* publicaba titulares como el siguiente: “Monseñor Romero vende su alma al diablo”. Pero Monseñor no se amilanaba. Más aún, se ofrecía a dialogar con quienes disientan. Y añadía: “Yo estoy dispuesto a cambiar. Y también ustedes deben estar dispuestos a cambiar”.

Si nos preguntamos ahora por qué las homilias de Monseñor Romero causaron ese inmenso impacto, la razón fundamental es que en ellas se hacía presente, con fuerza inigualable, la *verdad*. Era ésa una verdad que Monseñor Romero proclamaba con total honradez, sin ninguna rutina, y, además, con la total convicción de que la palabra que predicaba era palabra de Dios. Creía que su palabra nunca volvía vacía, no era inane, como lo dicen los profetas de la palabra de Dios. Era una palabra eficaz para convocar al pueblo, sacudir conciencias, iluminar y animar a la práctica cristiana.

Y a través de la palabra se ponía en contacto directo con su pueblo. Los frecuentes aplausos que interrumpían sus homilias no eran sino la forma espontánea y popular de decir “amén”, “así es”, “ésa es la verdad”.

La pasión de Monseñor Romero por la palabra también se veía urgida por la situación de los medios de comunicación del país, prensa, radio y televisión, que, en su inmensa mayoría, ignoraban, mutilaban, tergiversaban y manipulaban la verdad. En esta concreta situación, una palabra veraz tenía una inmensa eficacia, y no es de extrañar que sus homilias le convirtiesen en “la voz de los sin voz”. Por ello lamentaba tanto los intentos de silenciar la YSAX. No principalmente porque así perseguían a la Iglesia, sino porque le dolía muy hondamente que el pueblo quedase privado de la verdad. Por ello también llegó a decir a la gente que iba a escuchar sus homilias que llevasen grabadoras para propagar después su palabra. Y una vez les pidió que si algún día destruyesen los medios de comunicación de la Iglesia, “le matasen a él y a todos los sacerdotes, ellos debían ser micrófonos de Dios” (*Homilía* del 8 de julio, 1979). La palabra de la verdad no podía morir en El Salvador.

Monseñor Romero forjó un nuevo estilo de homilias, y esa novedad comenzaba ya en su preparación. A ello dedicaba muchas horas del sábado, estudiando comentarios a las lecturas bíblicas, recordando los acontecimientos de la semana y asesorándose sobre la veracidad de los hechos y su interpretación. La religiosa que le atendía en el Hospitalito contaba cómo se quedaba hasta altas horas de la madrugada del domingo preparando la homilía. Después, en la soledad de la oración, decidía ante Dios lo que tenía que decir. Creía que desde la palabra de Dios podía iluminar lo humano e inhumano que ocurría en el país, y lo cristiano y anticristiano que ocurría en la Iglesia. Como creyente, pensaba que la palabra de Dios era más cortante que espada de dos filos. Y así de cortantes eran sus homilias: temidas por unos, porque, a través de Monseñor, les denunciaba el mismo Dios, y esperadas y acogidas por otros, porque ese mismo Dios les daba ánimo y esperanza -y Dios les daba la razón.

Lo central de sus homilias tenía su fundamento último en los dos grandes referentes de su vida, sus “dos amores”: Dios y el pueblo. En una de sus últimas homilias insistió: “Quien me diera que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con *Dios*” (*Homilía* del 10 de febrero, 1980). Y en otra ocasión pronunció estas otras palabras bien conocidas: “Estas homilias quieren ser la voz de este *pueblo*. Quieren ser la voz de los que no tienen voz,” (*Homilía* del 29 de julio, 1979). Dios y el pueblo.

Este remitirse a Dios y al pueblo da la razón de la estructura de sus largas homilias. En la primera parte presentaba y analizaba la palabra de Dios, y lo que ella dice sobre Cristo. «¡Qué hermoso nombre para Cristo! El sí de las promesas de Dios ... En Cristo el hombre necesitado, los pueblos pecadores, las

sociedades ennegrecidas, sin esperanzas, miran la esperanza de un Dios que todavía nos ama» (*Homilía* del 18 de febrero, 1979). Y no dejó de tocar ninguno de los temas, tradicionales o novedosos, que tuvieran que ver con la fe. En la palabra de la fe veía el gran don de Dios a los hombres, palabra que se nos ha dado sin méritos, pero que hay que anunciar y hacer fructífera. Quienes le acusaban de pronunciar homilias políticas, estaban realmente ciegos, culpablemente ciegos. No eran hijos de la luz, sino de las tinieblas.

Sobre la Iglesia habló prácticamente en todas las homilias, y de hecho el término "Iglesia" es el más citado en los índices analíticos. Con frecuencia puso en relación Iglesia y pobres. Baste una cita: «La Iglesia se predica desde los pobres y no nos avergonzamos nunca de decir 'la iglesia de los pobres' porque entre los pobres quiso oner Cristo su cátedra de redención» (*Homilía* del 24 de diciembre, 1978).

Y también habló del magisterio, y, más, en concreto, de la doctrina social. No hay homilía que no la mencione. Con gran vigor la cita para defender a los oprimidos -y no de forma decorativa, por así decirlo. Y lo hacía con la disponibilidad a correr los riesgos necesarios. Así cuenta que lo dijo en Roma: «Santo Padre, acatar la doctrina de la Santa Sede, del magisterio, elogiarlas, alabarlas, defenderlas teóricamente es muy fácil, pero cuando se trata de encarnar esa doctrina y hacerla vida en una diócesis, en una comunidad, y señalar los hechos concretos que están contra esa doctrina, entonces surgen los conflictos. Y ésta es la vida de nuestra arquidiócesis» (*Homilía* del 16 de julio, 1978).+++

En la segunda parte de la homilía recorría y juzgaba los acontecimientos sociales y políticos de la semana. Alabó siempre todo aquello que era positivo, aunque no generase más que un destello de esperanza. Pero como aquellos tres años fueron especialmente trágicos, Monseñor se convirtió realmente en la conciencia crítica del país.

Semanalmente enumeraba todos los atropellos contra los derechos humanos, y con fuerza desconocida hasta entonces denunciaba la *represión* al pueblo pobre. Y bueno será recordar que aquellos no fueron años de *guerra* -que no estalló hasta enero de 1981-, sino de *represión* por parte de la oligarquía, el estado, las fuerzas armadas y los paramilitares, con innumerables asesinatos, capturas, torturas, desaparecimientos. Con insobornable libertad denunciaba también a los responsables, bien fuese el Presidente de la República, la Corte Suprema de Justicia, la Asamblea Legislativa, las Fuerzas Armadas, los Cuerpos de seguridad, la oligarquía en general, el gobierno de los Estados Unidos. También juzgaba las acciones de las organizaciones populares, animando y alabando,

amonestando y condenando, según los casos. En cualquier caso, le dio más esperanza- y así lo decía sobre todo en los últimos meses- en el proyecto popular que en el de los poderosos.

Es importante recordar, ahora que es más fácil y se corren menos riesgos por dedicarse a estas cosas, que Monseñor Romero fue iniciador y guardián de la “memoria histórica”. Denunciaba todos y cada uno de los hechos de barbarie. Se informaba de ellos, y, en cuanto era de su conocimiento, mencionaba por principio los nombres de “todas” las víctimas, añadiendo algún detalle sobre el lugar y las circunstancias, aunque eso alargase sus homilias hasta llegar en alguna ocasión a las dos horas. En esta minuciosidad de la denuncia estaba en juego no la precisión de informes jurídicos, tan importante, sino algo más profundo: la dignidad de las víctimas, la decencia de la Iglesia y la credibilidad de Dios. En definitiva, el amor a pueblo sufriente. De igual modo, fue el primero que escribió un “Informe de la Verdad”, mucho antes que Naciones Unidas, y con mayor libertad y menos cautelas políticas.

En la homilía del 30 de octubre de 1977, el mismo Monseñor explicó cuál era la estructura profunda de sus homilias. En otras palabras, qué es lo que pretendía con su predicación. La ocasión fue el asesinato del joven José Roberto Valdez, quien fue a morir dentro de Catedral.+++ Monseñor Romero celebró una misa por él, y sus enemigos le reprocharon que, con ello, había hecho algo “político”. Monseñor preparó cuidadosamente la homilía del domingo siguiente (30 de octubre, 1977). Replicó que el pastor tiene que estar donde está el sufrimiento. Después, en cinco puntos explicó cuál había sido la finalidad de su homilía -lo que podía valer para todas ellas: dar consuelo, repudiar el crimen, apoyar los justos reclamos del pueblo, dar esperanza y anunciar la transcendencia de Dios más allá de todos nuestros proyectos. Esto es lo que estructuraba su pensamiento.

Terminemos volviendo al meollo de sus homilias, al corazón de Monseñor Romero: Dios y el pueblo. «En nombre de *Dios*, pues, y en nombre de este sufrido *pueblo* cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, ¡les ordeno! ¡cese la represión!» (*Homilía* del 24 de marzo, 1980), es lo que dijo la víspera de ser asesinado. «*Ustedes* son la imagen del *Divino traspasado* del que nos habla la primera lectura en un lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz y atravesado por la lanza» (*Homilía* del 19 de junio, 1977), es lo que dijo en Aguilares para consolar al pueblo, después de un mes de ocupación militar. El pueblo y Dios. El pueblo y Jesús crucificado.

En las homilias aparece lo más hondo de la fe del Monseñor Romero cristiano: Dios y su Cristo, y lo más hondo del Monseñor Romero salvadoreño: el pueblo, las mayorías pobres, populares. En ella no hacía más que expresar en público lo que él vivía día a día en lo escondido. Hablaba al pueblo desde ese hondón de su ser. Le hablaba con calor humano. Se le notaba conmovido.

+++“Hermanos, guarden este tesoro. No es mi pobre palabra la que siembra esperanza y fe. Es que yo no soy más que el humilde resonar de Dios en este pueblo” (*Homilia* del 2 de octubre, 1977). Y les dijo cuánto les quería: “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor” (*Homilia* del 18 de noviembre, 1979). Termino con lo que escribí hace 25 años:

En sus tres años como Arzobispo de San Salvador Monseñor Romero hizo que la palabra de Dios acampara entre los salvadoreños, pusiera su tienda entre los pobres, los campesinos, los obreros, los desaparecidos, los torturados, los muertos. Con él la palabra de Dios se hizo cercana y compasiva hacia los pobres, y se hizo terrible para los poderosos. Con él la palabra de Dios se convirtió en palabra más cortante que espada de dos filos, que descubre el fondo de los corazones y de la historia, divide a los hombres, pero es acogida por quienes aman la justicia y la verdad.

Y con Monseñor Romero la palabra de los salvadoreños subió hasta Dios. Los clamores del pueblo y sus esperanzas, los gemidos que les arrancan sus opresores, se convirtieron en la plegaria de todo un pueblo que Monseñor Romero presentó a Dios.

San Salvador  
Enero, 2005